

# GUÍA DE LA HABANA

MOISÉS CAYETANO ROSADO

## HABANA VIEJA.

La *Plaza de la Catedral*, con el bullicio de tantos artesanos, con el fuerte colorido rebosante superpuesto en tablones, arquillos de madera, o recostado en peldaños, soportales, zócalos que delimitan el espacio nostálgico, preservado, milagroso en medio del derrumbe, era los domingos una bella, sudada estampa de lucha por la vida; luego, trasladados a la *Avenida del Puerto*, aquella grandeza incontenible quedó minimizada. Ahora es la plaza un espacio discreto y solitario, contemplado por los pocos turistas que apenas se detienen, miran la rocalla oscurecida de la *Catedral* y buscan la *Bodeguita del Medio* con el ansia inoculada por folletos recogidos cuando programaron su aventura: abriguemos la esperanza de que no dejen de lado al *Castillo de la Real Fuerza* y al hermoso, instructivo y tropical *Museo de la Ciudad*.

Pero allí, en la puerta de *El Patio* continúa, sin prisas ni cansancio, con su puro en la boca, sus pinturas chillonas en la cara, los muchos abalorios, los encajes y su lacito blanquísimo en el pelo, esa mulata abundosa, viejísima, de siempre. Nadie ve en su mirada las muchas zafras que sufrió, ni el espanto del hambre atesorada; con el ron y la guaracha se les ha ido la poca capacidad de observación que les quedase. Porque llora, en medio de su baile, las bocanadas increíbles del tabaco, los aspavientos que levantan tantas carcajadas, llora. Y cuando se disparan las cámaras de fotos para llevarse el quiebro divertido, su gesto no es de complicidad, es un suspiro que le sale del fondo del manglar donde aún se enreda su alma y viven sus recuerdos en tanto aquí, ausente, entretiene a los que sorben el misterio programado del mojito.

También es cartón piedra el viejo negro que toca las maracas y se golpea la cabeza con su manaza enorme siguiendo el son. Busca lo mismo que rebuscan las espectaculares y expectantes muchachas subidas a tacones increíbles, ajustadas a mínimos ropajes que resaltan lo poco que se oculta y que se ofrece. Dicen “mi amol, mi amooooool” y te acercan la barca de sus manos para llevarte a las lagunas de unos ojos que son libro abierto en que leer las cosas -¡tantas!- que les falta.

Aquella chimenea de la mulata, el estallido del manotazo rítmico del antiguo guajiro y el cabalgar ruidoso de las jабadas chicas, casi niñas, con un danzón al fondo y el enorme calor y la humedad, encaminan turistas hasta el *Floridita*. ¡Ay!, el *Floridita*, “templo del daiquiri” de los folletos y las juergas sonadas del siempre presente Hemingway, del siempre presente dólar salvador buscado -¡qué remedio!- por todos en la típica Habana Vieja que rinde sus arrugas al tiempo de abandono, y acá y allá desploma su piel resquebrajada.

## **MALECÓN.**

Hay que seguir esa línea eterna del Malecón, la gigantesca barrera del *Estrecho de Florida*, conquistada cada día por olas que rompen a sus pies y saltan a la dura avenida donde se venden cucuruchos de maní, pañuelitos de seda, amores increíbles, recuerdos, historias enredadas, sonrisas y paciencia. Por donde pedalean ciclistas de triciclo, hábiles sorteadores de la muerte a manos de la velocidad de coches milagrosos, camionetas metamorfoseadas, gente, tanta gente subida en plataformas que vuelan sobre ruedas y componen puzles milagrosos.

El Malecón es un regalo de colores. Un derroche de luces en las puestas, amarillas, doradas, áureas, de naranja encendida, con sus gotas de agua y sal que cruzan como estrellas fugaces delante de nosotros y estallan en la risa de los chicos, tantos chicos, que se agolpan, juegan, cabriolean en grandiosos soportales columnados de palacios de antaño, donde cuelgan la ropa gritantes madres jóvenes, competidoras del volumen musical que todo lo rebosa.

Y a cada trecho un general. *Máximo Gómez, Antonio Maceo, Calixto García*, guardando la línea peligrosa por donde se espera siempre al enemigo, y por donde puñados de cubanos se han lanzado buscando su propia salvación a manos de ese vecino hostil que los embarga. ¿Desde cuándo están las garras afiladas esperando el momento de saltar? ¿Desde cuándo esta boca del caimán abre su dentadura cariada esperando el ataque decisivo?

## **CENTRO HABANA.**

Los generales quedan ahí, con sus espadas, con sus revoluciones, con sus heridas y sus muertes, en tanto bulle la vida hacia el Vedado. Queda también atrás Centro Habana, ese espacio ignorado del turista, lleno de colas para todo, de esperas para todo, de ruinas para todo, de belleza vencida, de sueños, de grandeza tan

fieramente mutilada. Garganta de paso, grito auténtico habanero ante el que hacerse el sordo, una vez visitado en sus límites, al este, el Capitolio, el *Centro Gallego* y el *Paseo de Martí*.

## **EL VEDADO.**

Subirás *Rampa* arriba. Subirás apoyado en hoteles que aprisa se renuevan, agarran los bolsillos del turista, colorean daguerrotipos y meten danza y salsa, brillos y sonrisa. Allí tenemos a *Coppelia*. ¿Hay en el mundo alguna heladería más adorada que *Coppelia*? El cubano se engancha a las esperas en filas apretadas. Soporta el duro sol del mediodía sin la sombra suave de los flamboyanes, que a esa hora recogen hacia dentro el alivio de sus ramajes fluorescentes y dan gozo a los que ya penetraron - por riguroso orden- en el sagrado espacio del jardín que se mantiene cuidado pese a todo. Habrán de aguardar horas y a ninguno importa. Cantan, bailan, palmean, se lanzan ocurrencias, inventan nuevos chistes y se ríen: de sí mismos, de todo. Y sin rencor informan al turista: “usted tiene otra puerta, usted no espera”. Y el visitante pasa a lo sagrado y tiene espacio propio, una reserva poblada de sabores, de mesas floreadas, de atentos camareros, de cuentas en dólares, que son los que dan paso sin cupos ni demora, sin carta cortada, sin espacio prohibido.

¿Por qué esa reserva de caza, ese Vedado de los ricos azucareros españoles, lleno de palacios y jardines, de escalinatas, columnas, mármol italiano, boscajes y explanadas, ha sido abandonado a su destino de escombros, desgarradas ruinas, entre las que de pronto un monumento salvado de este torcido porvenir nos traslada a los sueños de lo que pudo ser, de lo que fue? Juegan al dominó envejecidos macheteros en soportales rococós de estuco derrumbado; venden papaya, mando, tomate, naranja, guarapo y ron mulatas generosas de carnes y de risas, resguardadas entre arcadas de mármol florentino; pelotean chiquillos entre antiguos jardines donde reinan todavía palmas reales en medio de la jungla que de nuevo se alza.

## **CEMENTERIO DE COLÓN.**

Hemos de patear más el Vedado. Su obsesiva cuadrícula. Sus bordes interiores, el serpenteo interminable de la calle Zapata que nos premia finalmente con el *Cementerio de Colón*. ¿Algo más nostálgico que el *Cementerio de Colón*, que ese vanidoso y bello, bellísimo cúmulo de mármol de Carrara? ¡Cuánta funeraria monumentalidad! ¡Cuánto héroe caído, cuánto batallador vigilante allí, vigilado allí

entre los próceres del azúcar, sus verdugos! Este cementerio es un bosque blanco de obeliscos tapados con togas que descienden a tierra ocultando lo que creció, despuntaba y finalmente, siempre, fue vencido. Es una muestra de toda la humana vanidad, también de la divina con tanta imposible resurrección, tanta gloria incumplida: aquellos bomberos perdidos en su esfuerzo, esos estudiantes masacrados, los caídos asaltantes del Palacio Presidencial, ¡cuánto vencido para mayor gozo de vídeo repetido que sacaremos siempre a relucir!

### **LA PLAZA DE LA REVOLUCIÓN.**

Desde allí a la *Plaza de la Revolución “José Martí”* hay un largo paseo para el turista de fotos, merengue y salsa. Un corto espacio de contrastes para el curioso visitante que busca los rincones y las batallas diarias de la gente. Casas bajas, olvido del asfalto, corrales de gallinas, perros, muchos perros, coches aún si cabe más desvencijados, bicicletas que sirven también para gozar -¿de dónde saca el habanero tanta fuerza para la risa, para la chanza, el desenfado?

Abajo está la enorme plaza. Solitaria, tras de los rítmicos embarazos de un millón de personas a pie firme seis, ocho, más horas. Sobrio círculo irregular achicharrado al sol. Y otra vez esa oferta del maní, oferta del tacón provocativo y de increíbles taxis: nada delata que lo son.

### **VUELTA VELOZ PARA EL TURISTA EMOCIONADO.**

¡Hay en La Habana tanto taxista improvisado! Tanto taxista sin cartel en su rodante chatarrería, ofreciendo cualquier cosa, el servicio más insospechado, la aventura más ingenua y más extraña, más patriótica y más pecaminosa: una parada con documentada fantasía en el *Museo de la Revolución* y el *Memorial Granma*, camino siempre del *Floridita*, o el paso subterráneo de la Bahía, apareciendo en el *Castillo de los Tres Reyes del Morro* al lado de la impresionante *Fortaleza de San Carlos y San Severino de La Cabaña* (en donde invariablemente, a las nueve de la tarde, de la noche, asistiremos al “cañonazo de las nueve”, aviso rememorado del cierre de la ciudad); el guiño venial de la santería de *Regla*, también en la Bahía; o cuando no, cuando sí, toda esta gama de cuerpos y colores, de flores juveniles para llevarse en ramo de gran conquistador amorenado en las cercanas *playas del Este*, bien condimentado con langosta, papas, cerdo, papaya, tabaco y ron. Y por la noche, ese final redondo de

controladas aventuras en el inmenso cabaret de *Tropicana*, al oeste de la ciudad, en *Marianao*.

### **LA UNIVERSIDAD.**

Pero subiendo nuevamente al norte, recuperando el esplendor del Vedado, ha de atraernos con su sobria majestad la Universidad, la mañosa *Escuela de Derecho* levantada en tiempos del Machado. Silenciosa y ajena a los bullicios del avispero de hoteles y turistas, de quienes se aparta tras de su inmensa escalinata, al medio de la cual descansa el “*Alma Mater*”, con los brazos abiertos, fraternales.

Quien pasee por el campus y penetre en los enormes corredores, en las aulas amplísimas; quien se envuelva en los libros, los documentos increíbles que lo circundan todo; quien respire su aire de quietud y reflexión... puede olvidarse que estuvo en la refriega de La Habana y tal vez se sienta trasplantado a un paraíso incontaminado del saber. ¿Dónde quedó el danzón, los colorines mínimos apretando cuerpos restallantes, la provocativa sensualidad de nutridas multitudes que viven en la calle, toman, alternan, imaginan, inventan y no paran?

Me llama abajo la atención el monumento a *Julio Antonio Mella*, líder estudiantil de los años veinte, mártir de las luchas contra la dictadura. ¿Contra cuál dictadura? ¿Quién en los años veinte pensaba con sus botas, pisaba con sus botas, mandaba con sus botas de montar a los demás? Es lo mismo: Gerardo Machado en este caso (el arzobispo de La Habana había pontificado: “Dios en el cielo y Machado en Cuba”); pero da igual: antes lo hubiera hecho Alfredo Zayas, Fulgencio Batista después, ¡cualquiera!, el dios de turno en La Habana, el dios Saturno devorando a los guajiros, al mambí que avanza y planta cara.

### **DE NUEVO EL MALECÓN.**

Hay que bajar de nuevo, con tiempo, al Malecón para atrapar los brillos de la puesta. Para coger al sol en despedida, marcando la curva del rompiente y el regreso abarrotado de las guaguas que reparten sudor, amores e inquietudes por la red laberíntica de pueblos pegados, de barrios crecidos alrededor del presentido cuerno de la abundancia que pueda ser La Habana. Y en los ojos del niño que se acerca y te pide bolígrafos, libretas, un par de caramelos, mirando limpiamente desde la sal marina de su cara, vigilado por la multicolor cuadrilla de compañeros confundidos en cercanos

soportales, dispuestos a aborarte si esta empresa se salda con el éxito, verás ese tesón por superarse y fugazmente dulcificar la amarga lucha de los débiles.

### **NOSTÁLGICO ;HASTA LUEGO!**

La magia del zurcido e inmenso caserío te invita a involucrarte. Bajar, volver de nuevo. Sentir los latidos de esta ciudad, serena y bullanguera. Triste como su mar de despedidas; alegre como la música a gritos que sale de las casas, de las ajadas casas que se caen a pedazos en pleno corazón urbano declarado "*Patrimonio de la Humanidad*". Volver, como un hijo perdido, como un súbdito eterno de esta reina en harapos, la más bella, la más lujosa en medio de la ruina.

**MOISES CAYETANO ROSADO**